

Un ejército encuentra sus jefes: Gregorio Alvarez, Esteban Cristi, Ramón Trabal

Escribe Julio María Sanguinetti

a luz en los periódicos pero los vecinos hacen gestiones —que en parte me toca encauzar— reclamando garantías. Como la escuela no se podía mudar, algunos sugiere que se mude el general. El ministro de Defensa dice que no puede aceptar tal condición, pero que habrá una salida. Al final se le ayudará al general a conseguir un préstamo para comprar otro apartamento y mudarse...

La muerte de los dos soldados colma el vaso. El Presidente se dispone entonces a cambiar los principales mandos, especialmente en la Región N° 1, Montevideo, principal guarnición militar del país y teatro principal de la lucha. Esa noche, el 21 de abril, llama a su casa al general Esteban Cristi, jefe de la Región N° 2, con sede en San José, a 100 kilómetros de Montevideo.

Habla confidencialmente con él, le explica la situación en Montevideo, que los servicios de información le describen como de "anemia de mando". Le reclama apoyo y le aclara que debe procurar que la lucha antitupamara no se desvíe hacia un anticomunismo ciego, que abra otros frentes políticos y sindicales. Cristi le da garantías y el 22 de abril sustituye al general Luis Forteza, que nunca supo exactamente las razones de su relevo y es ubicado como director del Instituto Militar de Estudios Superiores, donde aún está.

Cristi, de 55 años, alto, fuerte, había llegado al generalato durante el gobierno de Pacheco Areco, seleccionado por él para el ascenso a indicación del entonces ministro de Defensa Dr. Federico García Capurro. Típico hombre de caballería, se le identificaba con las características clásicas de la ruda arma, la más tradicionalista y austera de todos los ejércitos. Un hombre fuerte.

En lugar de Cristi, se le da la jefatura de la Región N° 2 al coronel Eduardo Zubía, que por entonces no tenía destino y que poco después será ascendido a general por el nuevo presi-

dente Bordaberry. Este tenía con él una vieja relación de amistad y confiaba en su carácter y decisión. Junto con él, se designa al coronel Juan José Méndez como director de la Escuela de Armas y Servicios, el lugar de máxima concentración de oficiales, donde hacen sus cursos de pasaje de grado, y por lo mismo escenario tradicional de todo movimiento de agitación.

Todo esto ocurría entre un viernes a última hora y un sábado. Esa mañana, el Presidente me había pedido que visitara a dirigentes de la izquierda y les tratara de infundir tranquilidad. La promoción de Cristi y Zubía, considerados los máximos exponentes del grupo "gorila" del ejército, aparecía como la agudización de una campaña anticomunista que luego de la muerte de los 7 dirigentes en la Avenida Agraciada prometía una San Bartolomé. Visité al senador Michelini en la casa de su madre, en el centro; al diputado Rodney Arismendy, primer secretario del Partido Comunista, en su residencia en Malvín; a

los dirigentes democrata-cristianos Juan Pablo Terra y Américo Pla Rodríguez. A todos expliqué que las medidas tenían razones estrictamente militares; que era preciso corregir métodos y que los nuevos comandantes eran garantía profesional.

Los nombramientos se hicieron públicos tres días después y con ellos, tres puntas de la estrella militar uruguayo que comenzaba a brillar habían sido acuñadas.

Se formará, entonces, un haz con el Jefe del Estado Mayor Conjunto, general Gregorio ("Go-yo") Alvarez y el director de Información e Inteligencia, coronel Ramón Trabal. De 47 años el primero, el general más joven del ejército había adquirido fama de planificador cerebral. Más joven aún el segundo, de caballería igual que Alvarez y los demás jefes se lo consideraba la eminencia gris de la dirección militar.

Recuerdo que una noche, invitado por el Presidente, fuimos a una reunión informativa en la sede del Estado Mayor Conjunto, un viejo palacete estilo francés comprado para ese des-

tino. En el comedor, improvisada sala de conferencias se nos dio una información exhaustiva sobre la guerra en curso. Su objetivo, escrito en un gran cartelón en gruesos caracteres era "mantener activa la conciencia democrática del pueblo uruguayo". Se explicó la estructura de la organización sediciosa con precisión. Las columnas, cada una con su sector combatiente y sus servicios auxiliares, su brazo político y su sanidad. Con total confianza, desarrollaron una planificación que se basaba en el corte de suministros, de armas, de dinero, de información que conducía inevitablemente a la victoria. El ministro pidió explicaciones sobre unos comunicados muy gruesos de literatura que habían comenzado a aparecer en radio y televisión, y que habían sido calificados de "mamarrachos" por su colega del Interior, mereciendo además serias críticas parlamentarias. Con toda precisión dijo Trabal: "En esta guerra, mi general, estamos obligados a hacer muchas cosas que no nos gustan. Nos agradaría escribir comunicados más elegantes pero hemos comprobado que popularmente impactan más estos

otros, que hablan de mafia criminal y otras palabras así. No están dirigidos al nivel alto de la población; procuran llegar a las grandes masas".

El ejército, en la lucha, había encontrado a sus jefes. Nuevos métodos aparecían. Y en la realidad de los cuarteles, productos de la pasión, de la sangre, del desafuero de los instintos, nacían las torturas más primarias al calor de la improvisación y de la pasión bélica. Un tacho de agua y la cabeza metida adentro hasta casi ahogar, compondrán el "submarino", el más común de los procedimientos que hasta hoy sobrevivirá, mezcla de horror con ingenuidad.

Copyright La Opinión, 1973.

(Mañana, tercera nota: "El no para una tregua").

"El que cabalga un tigre, ya no puede desmontar". (Proverbio oriental).

Cuando la guerra se desata, la dirección militar falla por dos lados. Se obtienen éxitos pero a costa de tremendos errores y de ir dejando sueltas a las unidades, que por su cuenta hacen la guerra. No hay control en las operaciones y, por lo mismo, el país tiene suspendida su respiración por el terror.

En la mañana del 16 de abril de 1972, a sólo dos días de la trágica jornada con que iniciamos este relato, se allana un club comunista, en la Avenida Agraciada, intimándose a sus ocupantes el desalojo de la finca. "En momentos en que se producía su salida, un disparo sobre un oficial del ejército que comandaba el operativo lo hiere de extrema gravedad en la cabeza. En el tiroteo que se originó de inmediato al repelerse el disparo, murieron 7 personas, afiliadas al mencionado partido".

Así dice el parte oficial.

Los muertos eran todos obreros, gente madura, viejos comunistas la mayoría, ningún joven tirabomba de la nueva modalidad de combate. El oficial herido, el capitán Busconi, un joven que aún hoy, un año y medio después, se sobrevive apenas en un lecho del hospital Militar, en estado vegetativo y sin posibilidad de mejoría. El oscuro episodio apenas puede explicarse como producto de una guerra de sorpresas, librada contra enemigos invisibles.

Tal es la confusión que cuatro días después, en pleno día y a plena luz, en el domicilio del Comandante en Jefe del Ejército general Florencio Gravina, son muertos dos soldados que lo custodiaban desde la azotea, vestidos de particular. Una patrulla de la marina, que allanaba una casa vecina al ver a dos individuos armados en los altos del edificio, hace fuego sobre ellos y rodea el inmueble, copando incluso una escuela, en la que las maestras ponen a los niños contra el suelo para prevenir el peligro. El Comandante en Jefe en persona termina adentro de un cuarto de baño, con una granada en la mano, gritando inútilmente quien era y reclamando que cesara el fuego.

El episodio no se da